

ÁNGEL VIÑAS
FERNANDO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

EL
DESPLOME
DE LA
REPÚBLICA

CRÍTICA



Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez

EL DESPLOME DE LA REPÚBLICA

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2009

Primera edición en esta nueva presentación: noviembre de 2022

El desplome de la República

Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, 2009, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-460-2

Depósito legal: B. 15.291-2022

2022. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf



I

Análisis para después de una guerra

TERMINADAS LAS HOSTILIDADES EN España, en varias de las potencias intervinientes y no intervinientes se sintió la necesidad de explicar lo que había ocurrido y por qué. El estamento militar lo tuvo claro desde el primer momento. Se plantearon dos cuestiones esenciales: ¿qué lecciones o enseñanzas cabía extraer de las operaciones, tanto en sus aspectos estratégicos como tácticos?, y ¿cómo habían rendido las diferentes armas utilizadas, algunas muy modernas, otras menos? Las respuestas fueron varias, en función del interés que los soldados hubiesen aportado al conflicto, la cultura militar, los conflictos burocráticos e interdepartamentales y la voluntad de aprendizaje. Donde más extenso resultó el análisis fue en el plano político e ideológico y estuvo liderado por la Unión Soviética, a gran distancia de los demás casos.

LOS BRITÁNICOS NO QUIEREN APRENDER

La potencia que más y mejor había seguido la contienda española, el Reino Unido, tenía ideas preconcebidas y muy consolidadas. Gran parte del *establishment* británico había considerado en un primer momento que la República se hallaba, en los meses del Frente Popular, en una situación prerrevolucionaria, que recordaba a la etapa de Kerensky en Rusia. Esta aberración, que incluso había surgido brevemente en los albores del establecimiento del nuevo régimen en 1931, era una perspectiva que desmentían las interceptaciones de los

mensajes radiotelegráficos de la Comintern. Hoy no puede entenderse sino como una de las visiones más ideologizadas en cuanto a interpretación de realidades foráneas en un tiempo proclive a las ideologías.¹ No se repitió con similar intensidad hasta la aventura en Iraq de Tony Blair.

Para explicar el desinterés británico hay que tener en cuenta, además, que en la primera mitad del año 1939 la escena internacional estaba en convulsión. A Franco se le podía mantener encerrado en su rincón. A Hitler, no. Los británicos habían empezado a despertar de las ilusiones de la política de apaciguamiento a que Chamberlain les había sometido, con buenas y malas artes, durante casi dos años. Habían aparecido otros problemas más importantes de que ocuparse y, al fin y al cabo, en Londres hacía tiempo que se había descontado la derrota de la República. En la medida en que el Gobierno británico dedicó alguna atención a España, lo que importaba era asegurar una intelección fluida con los vencedores.

El caso británico no es, retrospectivamente, demasiado sorprendente. En las alturas dominantes de la Administración política y militar existía una tradición de desprecio hacia los españoles, republicanos o franquistas. Su rasgo dominante era que en un país exótico y lejano, una raza de hombres bajitos que no parecían totalmente europeos tenían la costumbre de, periódicamente, masacrarse entre sí. La historia mostraba que, en algún que otro momento culminante, habían sido los casacas rojas quienes sacaban las castañas del fuego. La *Peninsular War*, que mostró en toda su viveza el genio militar de Wellington, había transcurrido hacía más de ciento y pico de años pero, para muchos, grabó a fuego una percepción muy clara de los españoles, de sus insuficiencias y de sus incapacidades.

En el *establishment* eran pocos los que entendían por qué algunos obreros, empleados e intelectuales británicos habían tenido la curiosa idea de ir a combatir en España al lado de una República abandonada por las democracias. A nadie se le ocurrió pensar que serían tales voluntarios, encuadrados en las Brigadas Internacionales y en otros mecanismos de apoyo, quienes salvarían para la posteridad el honor de la Gran Bretaña y no los políticos y burócratas de White-

1. Esta preconcepción de la época ha pasado en su totalidad a la historiografía de porte conservador y antirrepublicano, uno de cuyos abanderados es actualmente el profesor Stanley G. Payne.

hall. En las alturas del Gobierno lo que se sabía es que dicho reclutamiento encubría una estratagema comunista para engañar a muchos ciudadanos, en gran parte marxistas y por ende automáticamente sospechosos. El que, de nuevo, ayudaran a los españoles, lo harían persiguiendo finalidades cuyo origen se encontraba en los misterios de la política soviética.

Este comportamiento fue muy singular. De entre todos los países que, con sus acciones y omisiones, configuraron el marco externo dentro del cual se desarrolló la guerra española, el Reino Unido fue sin duda el que más información había acumulado en ambas zonas. Los soviéticos y franceses se concentraron en la republicana. Los alemanes e italianos en la franquista.

Los norteamericanos recogieron también de las dos, pero sólo los británicos obtuvieron volúmenes masivos de información sobre lo que ocurría, en parte por canales normales pero en gran medida también por procedimientos especiales. No fue el caso de los norteamericanos, espectadores pasivos y limitados por la política de seguidismo con respecto al Reino Unido practicada por la Administración Roosevelt.

Por desgracia, sólo una parte de la información británica se ha dado a conocer hasta ahora. La que se ha abierto en los últimos años puede que sólo sea una muestra de lo mucho que sabía Londres no tanto de los hechos sino también de lo que había detrás de los hechos. Es, pues, de esperar que, en algún momento, las autoridades británicas se decidan a abrir lo recopilado por los servicios de espionaje (en particular MI6, Secret Intelligence Service) durante la guerra civil. Las catas realizadas en otras ramas (MI3) y los fondos de interceptación telegráfica y radiográfica (explotada por el Air Intelligence Service y su sucesor, el Air Staff, Intelligence) nos inducen a pensar que parece imposible que en los del MI6 pueda encontrarse material que permita arrastrar aún más por el fango la conducta de los Gobiernos de Baldwin y de Chamberlain en relación con la República española.²

2. No toda esperanza está perdida. Desde 1995 MI6 ha puesto en práctica una política de comunicación. Se conoce el nombre de su director general y tiene una página en la red, pero no hay planes para transferir sus archivos a los nacionales. A tenor de una decisión del ministro británico de Asuntos Exteriores se constituyó, no obstante, un equipo de expertos para redactar una historia oficial de MI6 conmemo-

Nada de lo que antecede significa que durante la guerra civil no se hicieran análisis. Se realizaron en gran número, como ha puesto de relieve Cerdá, pero los británicos no supieron extraer de ellos conclusiones operativas de cara al futuro. Los abundantes estereotipos que se reflejan no sólo en los medios de la época sino también en los informes oficiales, militares, políticos y diplomáticos, dominaron muchas de las valoraciones. Había confianza en las propias fuerzas de cara a un eventual conflicto europeo y siempre se despreció lo que una guerra pequeña podía aportar a favor de la preparación para afrontarlo.

En una palabra, si se aceptan las preconcepciones y prejuicios de la clase dominante británica con peso en las decisiones de Whitehall, la ausencia de post mórtems es fácilmente comprensible. De todas maneras, no hay demasiado que reprochar a los ingleses. En punto a análisis retrospectivos, Gran Bretaña nunca estuvo sola.

LOS CASOS DE FRANCIA E ITALIA

La opinión pública francesa había seguido con pasión los acontecimientos de España que produjeron inmensas convulsiones en los medios de comunicación (muy bien estudiadas por David Wingate Pike), en el Gobierno y en los partidos políticos. Inventora de la no-intervención, en cuya ejecución inicial nunca faltó algún que otro «achuchón» británico, Francia acumuló a lo largo de la guerra un inmenso material sobre las más variadas perspectivas de la contienda.³ El EM, y en particular el *Deuxième Bureau* (servicio de inteligencia militar), siguieron con gran interés lo que ocurría. En atención, además, a los temores que despertaba la intervención italiana con su continuo chorro de envíos de material bélico a Franco, al torpedeo y hundimiento de mercantes con bandera neutral y a la acción en tierras españolas del *Corpo Truppe Volontarie* por el cual pasa-

rativa del primer siglo de existencia del servicio. Cubrirá el período comprendido entre 1909 hasta los primeros años de la guerra fría y por ende la época en que tuvo lugar el conflicto español. La fecha de aparición prevista es 2010. Véase Twigge, Hampshire y Macklin, p. 87. Siempre será mejor que nada, pero ello no sustituirá al acceso a las fuentes primarias.

3. Lamentablemente, nada de ello se desprende de la última obra que conocemos de procedencia francesa y cuyo autor es Thierry Vivier.

ron no menos de ochenta mil efectivos a lo largo del conflicto, en el EM siempre hubo voces, aunque no demasiadas, que sugirieron precaución y ayuda a la República. Las suficientes para que, a partir del otoño de 1937, el Gobierno Chautemps se decidiera a reabrir de manera no oficial la frontera franco-catalana. Y para que, a partir de diciembre del mismo año, un puerto próximo a Burdeos resultara accesible a la llegada del material bélico soviético sin el cual los republicanos no hubieran podido plantearse operaciones mínimamente ambiciosas.

Se trató de una ayuda indirecta que permitió sobrevivir mal que bien a la República, pero que nunca llegó a suponer una ruptura firme y declarada de la no intervención, que es lo que la yugulaba. En marzo de 1938, en la ansiedad que despertó el *Anschluss*, que empezó a desbaratar la postura de seguridad francesa en la Europa central, hasta el propio Blum encontró el coraje de repeler, por vía de una legislación reservada, el montaje del aparato reglamentario que había amparado la no intervención. Si bien hubo altibajos y períodos de mayor o menor porosidad, Daladier —el hombre de Munich— cerró definitivamente la frontera en julio de 1938. No volvió a reabrirla hasta enero de 1939. Demasiado tarde. Dos obras del general Duval, publicadas en los dos últimos años de guerra, sirvieron de post mórtem en el mundo de lengua francesa.

Los republicanos siempre se sintieron traicionados por las democracias. Durante la guerra contuvieron sus recriminaciones. Más tarde estallaron incontenibles. Sirvan de ejemplo no las palabras de un político o de un militar (que también las tuvieron) sino las de un escritor, Max Aub, cuando dedicó una de sus obras

a los desleales inventores y lacayos de la no intervención. Empapados de tanta y tan noble sangre española: Neville Chamberlain, Édouard Daladier, Léon Blum, con el desprecio de todos y muestra de su fraude, que tan caro pagaron sus pueblos.⁴

En resumen los post mórtems británicos o franceses brillaron por su ausencia. Tampoco los hubo, que sepamos, por parte italiana. Esto también es llamativo, pues la Italia fascista había sido una de las tres

4. En *Morir por cerrar los ojos. Drama en dos partes*, Tezontle, México, 1944, p. 9. Citado en Max Aub, *Campo francés*, p. 19.

grandes potencias intervinientes en la guerra española. Afortunadamente, los historiadores no han retrocedido ante la tarea de explicar el caso italiano. Morten Heiberg (pp. 183ss), por ejemplo, apoyándose en las aportaciones de Brian R. Sullivan y Lucio Seva, ha argumentado que la inversión militar, logística y de equipamiento efectuada a favor de Franco afectó muy negativamente a la capacidad de entrar de nuevo en combate.⁵ Los militares italianos que así lo reconocieron, sicofantes de un régimen que premiaba ante todo la subordinación al genio mussoliniano, se callaron. Además, *il Duce* tampoco les dio demasiado tiempo, ya que no tardó en lanzarse a una nueva aventura, otra vez en busca de gloria. Como creyó a fines de julio de 1936, frente a una presa fácil. El 7 de abril de 1939 las tropas fascistas cruzaron la frontera de Albania. *Il Impero* en Europa parecía encontrarse a la vuelta de la esquina. En estas condiciones, ¿para qué reflexionar y hacerse preguntas difíciles? Sólo el Tercer Reich se dedicó con fruición a la tarea de analizar, demostrando una vez más el particular genio alemán en materia de guerra. Por lo menos, en aquella época.

LOS NAZIS ESTUDIAN LA GUERRA CIVIL

No hubo, en efecto, ni un atisbo de despreocupación en el caso de la Alemania nazi, la potencia revisionista por excelencia y que con su ayuda e innovaciones estratégicas contribuyó de manera determinante a la victoria de Franco. Debemos subrayarlo por cuanto que, en la primavera de 1939, Hitler aceleró el ritmo de su política de expansión y agresión. Tras la escisión de Eslovaquia, el 15 de marzo, la *Wehrmacht* ocupó Praga y lo que quedaba de los territorios checos. Con ello el Führer demostró lo que realmente le importaban los solemnes compromisos de Munich. Una semana más tarde su ministro de Asuntos Exteriores y el de Lituania, éste bajo una presión irresistible, formalizaron la cesión de la ciudad de Memel (hoy Klaipeda), que se reintegró al Reich después de treinta años de separación. Coincidió con los últimos momentos de la prolongada agonía de la República. El telón estaba a punto de caer.

5. Incluso las derrotas iniciales italianas en Grecia tienen raíces en la aventura ibérica, como indican dicho autor y Mogens Pelt, pp. 155ss. Agradecemos a Morten Heiberg sus precisiones al efecto.

La atención alemana por las enseñanzas que cabía extraer de la guerra de España no es un tema que se haya abordado en la literatura con el cuidado que merece. En estas páginas sólo podemos prestarle una atención limitada. Baste con señalar que se materializó de forma inmediata. Ya el 6 de febrero de 1939, por mera casualidad el día en que empezaron a esparcirse las noticias sobre la sublevación de Casado en Madrid, el jefe del EM del Ejército de Tierra dio instrucciones para que el Departamento de Ciencias de la Guerra se ocupara en estudiar la guerra española y la sino-japonesa. La idea estribaba en identificar y extraer las enseñanzas oportunas.

Este departamento dio traslado de tales instrucciones a los agregados militares correspondientes pero, por desgracia, nada se sabe acerca de los resultados que se obtuvieran, si es que el tratamiento analítico correspondiente llegó a realizarse. Lo que es destacable es la inusitada rapidez con que actuó el EM.

Una segunda oleada de instrucciones llevó a resultados muy diferentes. El 8 de marzo de 1940, un mes antes de que terminara el período de *drôle de guerre* en el frente europeo occidental, el teniente general de Aviación Karl Friedrich Schweickhard, que durante algún tiempo había sido jefe del EM que había organizado la ayuda militar a Franco, se dirigió a los ex combatientes de la Legión Cóndor. Puso en su conocimiento algunos estudios que hasta entonces había desarrollado un grupo de tareas («Guerra de España») en el seno del Departamento de Ciencias de la Guerra de la *Luftwaffe* con el fin de refrescarles la memoria y para que contribuyeran a su reelaboración en la medida de sus posibilidades.

Esto significa que las órdenes para iniciar tales estudios debieron emitirse antes de que terminara 1939. Aunque se tratase de trabajos esquemáticos, susceptibles de mejora, los que se han conservado muestran una gran inversión de tiempo y de esfuerzo. Es más, en su elaboración los autores tuvieron acceso al fondo documental de la Legión Cóndor. Tal circunstancia les hace difícilmente superables hoy. Como es sabido, una gran parte del archivo de la Legión desapareció en las llamas que provocó un bombardeo aliado en Berlín el 3 de febrero de 1945. En ellas se esfumó también la posibilidad de reconstruir muchas de las dimensiones de la ayuda nazi a Franco.

Es cierto que, después del bombardeo y acabada la segunda guerra mundial en Europa, expertos alemanes detectaron numerosos legajos relacionados con la Legión en los archivos del EM de la *Luft-*

waffe en Berlín. Nada ha vuelto a saberse al respecto, al menos según nuestras noticias. Es verosímil, aunque no podemos probarlo, que tal documentación fuese enviada a Moscú.

En cualquier caso, el Departamento de Ciencias de la Guerra de la *Luftwaffe* pudo realizar una serie de trabajos más o menos elaborados que afortunadamente se conservan. Se trata de los siguientes:

- Operación Fuego Mágico (*Unternehmen Feuerzauber*), en cinco partes, con 40, 43, 18, 44 y 29 páginas mecanografiadas respectivamente. Es el único que aflora hoy de vez en cuando en la literatura. Que quienes lo citan lo hayan consultado, es harina de otro costal.
- Los combates del Norte (*Die Kämpfe im Norden*), hasta la toma de Bilbao, con 85 páginas.⁶
- Los combates en torno a Santander (*Die Kämpfe um Santander*), con 66 páginas.
- La batalla de Brunete (*Die Schlacht bei Brunete*), incompleto.
- La primera ofensiva del Ebro (*Die 1. Ebro-Offensive*), 9-18 de marzo de 1938, con 46 páginas.
- La segunda ofensiva del Ebro (*Die 2. Ebro-Offensive*), 22 de marzo a 21 de abril de 1938, con 68 páginas.
- La ofensiva de Cataluña (*Katalonien-Offensive*), 23 de diciembre de 1938 a 9 de febrero de 1939, con 68 páginas.

Con ellos se conservan otros informes sobre la batalla de Teruel (26 páginas), acciones en el Ebro, ofensiva sobre el Mediterráneo, etc.⁷ De todos estos trabajos hemos utilizado en ocasiones los dos primeros. Contienen numerosos datos y apreciaciones pero, en general, en una línea militar y en la que otras valoraciones (políticas, económicas, sociales, ideológicas, etc.) no ocupan el mismo espacio.

6. La referencia que de él da Merkes debe ser a una versión previa, porque indica que el período cubierto es más corto. La que hemos utilizado en la preparación de este libro puede consultarse fácilmente en el Centro de Documentación del Bombardeo de Gernika, a cuyo personal quisiéramos expresar aquí nuestro más profundo y sincero agradecimiento.

7. Lo que antecede está tomado de la seminal obra de Merkes, pp. 15, 18 y 413-414. No podemos dejar de señalar aquí que se trata de una investigación fundamental que ha sido plagiada vilmente por más de algún autor (no nos atrevemos a llamarle historiador) neofranquista.

Ello no les quita un ápice de interés. Del volumen segundo se desprende, por ejemplo, que fue idea alemana trasladar las operaciones bélicas al norte y que gran parte de los planes estratégicos y su ejecución táctica se desarrollaron con una importantísima contribución de la Cándor, algo que no resalta precisamente en la documentación militar española. Las intenciones destructoras y terroristas del general Emilio Mola, el gran planificador de la violencia estructural que acompañó el golpe de Estado en julio de 1936 y que suelen brillar por su ausencia en la literatura pro franquista, también se documentan: quería arrasar la industria vasca y rerruralizar el territorio. Numerosas alusiones hacen pensar que los mitificados guerreros franquistas eran menos eficientes de lo que los alemanes deseaban. Sería muy de alabar que en algún momento los historiadores españoles hicieran una edición comentada de tales análisis.⁸

LOS SOVIÉTICOS TAMBIÉN SE AFANAN: LA PERSPECTIVA MILITAR

El caso soviético es el que, por obvias razones, nos interesa destacar. No sólo por razón de materia sino porque, de entre todas las potencias que configuraron el marco exterior dentro del cual se desarrolló la guerra civil española, es el más complejo y rico en información. Resulta inevitable que así fuera. Aunque una guerra civil es, ante todo, una guerra, una guerra, una guerra (*a war is a war is a war*) y no cabe hacer abstracción en su estudio de las dimensiones militares, la ideología marxista exigía desarrollar una visión omnicomprensiva del conflicto.

No se trata de analizar aquí las diversas teorizaciones que al respecto se hicieron en Moscú en la época o las que se han reflejado después en la historiografía. Nos basta con señalar que, tanto por razones ideológicas como operativas, los soviéticos construyeron una visión multidimensional. En ella integraron perspectivas militares, políticas, económicas y de clase a las cuales añadieron las imprescindibles dimensiones internacionales.

8. Que, por supuesto, hay que tomar con un kilo de sal. Así, por ejemplo, la destrucción de Gernika se achaca a los propios vascos, en consonancia con las miríficas versiones que poco después había puesto en marcha el cuartel general y de las cuales Franco nunca se apeó. Por algo sería.

Los post mórtems soviéticos tuvieron asimismo una cualidad característica que no se da en los nazis. La derrota republicana había sido también, en alguna medida, una derrota soviética. A nadie le gustan los fracasos y menos a Stalin, que hasta entonces apenas si había conocido alguno. Tales documentos, de muy diversa naturaleza, constituyen el trasfondo sobre el cual hay que proyectar el informe que se reproduce en este libro.

Mencionemos, en primer lugar, los militares. Por desgracia, no es un tema demasiado conocido. Lo que sabemos lo debemos a las investigaciones de Rybalkin. Ya en el curso de la guerra civil misma empezaron a elaborarse síntesis de las operaciones y muchas se publicaron en forma de libros. El primero dató de junio de 1937. A finales de año habían aparecido hasta 57 colecciones de materiales informativos destinados al alto mando. El Departamento de Historia Militar, adscrito al EMG, inició sus propias elaboraciones en marzo de 1938. En los dos años siguientes salieron a la luz trabajos de mayor o menor enjundia. Según cálculos de dicho autor, entre 1937 y 1941 se publicaron 56 libros y folletos sobre las dimensiones militares de la guerra española. En la Academia Frunze se presentaron dos tesis doctorales sobre las operaciones de Guadalajara y Zaragoza. También se sabe algo de las principales enseñanzas que extrajeron los soviéticos. Algunas fueron muy pertinentes. Otras, no. En la literatura se ha señalado como ejemplo de estas últimas el consejo a favor de la supresión de los cuerpos de tropas blindadas, aduciendo que no podrían «usarse para efectuar la ruptura táctica, debido a su excesivo volumen». Para entonces, la *Wehrmacht* había desarrollado un cuerpo de doctrina que pronto se materializaría en Polonia, en el frente occidental y en la propia Unión Soviética. De todas maneras, incluso antes del ataque alemán en lo que terminaría siendo el frente del Este, los soviéticos se habían dado cuenta de su error. El 9 de junio de 1940 el comisario para la Defensa, mariscal K. E. Vorochilov, aprobó el plan que preveía formar cuerpos de tropas mecanizadas según nuevas plantillas.⁹

Entre los análisis que nos hubiera gustado saber si se conservan en los archivos rusos figuran, en primer lugar, los del coronel Sapunov (quizá un seudónimo), que permaneció hasta casi el final junto

9. Los interesados por estos temas pueden consultar provechosamente el cap. IV del libro de Rybalkin.

con Negrín y una parte de la dirección del PCE. Es inverosímil que los informes que rindiera tras la guerra se concentraran sólo en temas militares. He aquí, pues, una sugerencia a otros historiadores, rusos o no, para que exhumen una base documental complementaria que podría ser esencial.

EL INICIAL ANÁLISIS DE STALIN

El 30 de marzo Dimitrov se reunió con José Díaz, que había llegado con su familia a Moscú el 6 de febrero y se encontraba convaleciente de una operación de su crónico mal estomacal. Hablaron de los asuntos de España y acordaron que era necesario acelerar el examen concreto de la nueva situación con la participación de representantes de los Comités Centrales del PCE y del PSUC. El 5 de abril Dimitrov sostuvo una conversación telefónica con Stalin y se fijó un encuentro para dos días más tarde. A éste, celebrado el 7 de abril, asistieron además de Díaz y Dimitrov el presidente del colegio de comisarios, Viacheslav Mijailovich Molotov, el comisario de Seguridad Interior y temido jefe de la NKVD, Laurenti Pavlovich Beria, y el adjunto de Dimitrov y purasangre en la represión de los cuadros de la Internacional Comunista, Dmitri Sajarovich Manuilsky. No cabe minusvalorar el rango y significación de los presentes.

Fue el propio Stalin quien puso en juego la pelota en el ámbito de los análisis políticos. En su valoración, que ha sido objeto de alguna que otra tergiversación (por ejemplo, por Antony Beevor), demostró que había contemplado atentamente la evolución de la situación en España.¹⁰ Dado que desde Munich los diarios de Dimitrov muestran una acentuación del seguimiento de la guerra, interés que se agudizó tras la caída de Barcelona y el inicio del despeñadero hacia la

10. Desde el punto de vista de la literatura occidental la valoración de Stalin, contenida en el diario de Dimitrov, se conoce nada menos que desde 2000, cuando se publicó la edición del mismo al cuidado de Bernhard H. Bayerlein pp. 247ss y en un círculo más amplio cuando aparecieron las versiones en italiano, al cuidado de Silvio Pons o en inglés, al cuidado de Ivo Banac, pp. 99ss. El lector la buscará en vano en las obras cumbres de los apologetas neofranquistas más recientes. En la poco lograda monografía de Payne, 2003, apenas si se toca de refilón. Quienes entienden búlgaro (no es nuestro caso) habrían podido consultarla desde 1997. Una transcripción parcial se encuentra en Viñas, 2008, p. 522.

derrota republicana, debemos suponer que al máximo dirigente soviético le había llegado información muy fluida, ciertamente de parte de la Internacional pero también de los órganos del Estado soviético, militares y civiles. Éstos no son demasiado conocidos, a diferencia de los primeros.¹¹

En la reunión Stalin demostró que sabía que los comunistas tenían fuertes posiciones en Madrid pero que, de pronto, las perdieron y empezaron a verse masacrados. En aquellos momentos no conocía bien cómo y por qué. Stalin pensaba que los comunistas habían dejado a las masas sin liderazgo. Criticó al PCE no tanto por lo que había hecho sino porque no se había pronunciado y actuado con suficiente claridad. Es importante subrayar que, según Stalin, «si la situación hubiera sido insostenible el partido hubiera podido anunciar que consideraba posible sustituir al Gobierno por otro, más adecuado al momento, y entonces disponerse a terminar la guerra». A su juicio, el mantenimiento de la resistencia a cualquier coste no había sido una actitud correcta, algo que los numerosos autores pro franquistas se obstinan en no reconocer. A veces, afirmó Stalin, era preciso aceptar una derrota, como ya había hecho Lenin en 1905. Pero, subrayó críticamente, entonces el Partido Comunista debería haber explicado la situación al pueblo y no dejarlo abandonado y sin orientación.

Quando fue preciso luchar contra el enemigo —concluyó— los comunistas [españoles] se han mostrado eficaces y han acumulado una enorme experiencia. Cuando ha sido necesario ceder el poder, llevando a cabo una retirada, no han sabido hacerlo.

11. Por citar algunos ejemplos. El 26 de enero de 1939 se referencia un encuentro entre Manuilsky, Florin, Kuusinen, Gotwald y Dimitrov en el que se acordó enviar instrucciones a Thorez (PCF) y Browder (PCUSA) para intensificar las campañas de ayuda a España y se alertó ante «la capitulación de parte de cierta burguesía y de los elementos socialistas». El 27 se instó a los comunistas españoles a continuar la lucha. El 7 de febrero se insistió en la línea de resistencia, a pesar de la pérdida de Cataluña, y en que no se consintiera la capitulación del Gobierno republicano. Los partidarios de ésta deberían sustituirse por los proclives a la resistencia. En qué medida todo ello correspondía a las condiciones de la época lo examinaremos más adelante. Desde el 2 hasta el 18 de marzo menudearon, sin embargo, las lamentaciones acerca de la imposibilidad de seguir haciendo llegar ayuda a la República.

Ya entonces Stalin afirmó que «habría que organizar una conferencia de comunistas españoles para aclarar estas cuestiones e identificar lecciones para otros partidos. También hay que aprender de las experiencias negativas».

Stalin, en definitiva, dio instrucciones y con ellas puso en marcha una mecánica que conduciría directamente hasta el documento reproducido en este libro.